

Caamaño, José Carlos

Mirar, revelar, reunir, expresar

IV Jornadas Diálogos: Literatura, Estética y Teología, 2010
Facultad de Filosofía y Letras - UCA

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Caamaño, José C. "Mirar, revelar, reunir, expresar" [en línea]. Jornadas Diálogos : Literatura, Estética y Teología : Miradas desde el bicentenario : Imaginarios, figuras y poéticas, IV, 12-14 octubre 2010. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/mirar-revelar-reunir-expresar.pdf> [Fecha de consulta:]

RECEPCIÓN TEOLÓGICA DEL PANEL SOBRE POESÍA Y CINE

MIRAR, REVELAR, REUNIR, EXPRESAR

JOSÉ CARLOS CAAMAÑO
(UCA)

Mirar es ver el sentido. Entiendo, en esta dirección, que mirar es una experiencia espiritual, o puede ser una experiencia espiritual, pues es distinto que la curiosidad que adopta normalmente formas aprehensoras. Al contrario, mirar es un ejercicio de libertad y deja en libertad. El “Dios nos mira” del *De Trinitate* de Nicolás de Cusa quiere señalar la profundidad de la que es capaz la mirada de amor, que mira *sabiendo todo* sin obstruir la libertad, engañando o proponiendo evidencias.

Así entendidas las cosas, mirar es un aprendizaje que puede ser alcanzado a través de una auténtica ascesis que nos conduzca a *recibir* en la mirada y no a *juzgar*. Quien sabe mirar puede descubrir en lo cotidiano la revelación de lo nuevo, saltando la experiencia de tedio, que vuelve la vida monocorde y poco amable. Quien sabe mirar descubre, ante todo, la importancia de reconocerse a sí mismo frente a sí. De allí que quien sabe mirarse sabe mirar.

Mirar, además, es dejarse impresionar la libertad y, por tanto, una invitación a decidir. Quien mira decide o por la acción y la palabra o por el silencio. Mirar, así entendido, es abrirse al ingreso de las formas en su carga de sentido, a los gestos como historia y encontrar en la realidad una forma de revelación. Esta perspectiva es importante ya que revelar es también volver a velar. Quien mira la realidad como revelación escapa a las formas como evidencias y percibe la carga de misterio de las cosas. Revelar es una apelación al misterio. La palabra misterio, de fuerte connotación religiosa, aquí la uso en el sentido de aquello que no puede ser aferrado empíricamente.

Fontán, en la película que hemos visto, mira la realidad como revelación y por tanto percibe en lo inmediato lo que está más allá. El río que fluye es una metáfora de la vida y de la muerte. La superposición de planos muestra la íntima relación entre esos ámbitos existenciales. La muerte no está después de la vida, no es su límite terminal, sino que está en ella. Esto significa que la vida está disponible más allá de sí misma, y esto abre la vida a un sentido religioso. En la vida, en su finitud, hay una disponibilidad sobre la que ella puede ejercer poco dominio por sí misma. La muerte tiene que ver con la vida, pero también la vida entonces tiene parte en la muerte. Esa disponibilidad de la vida más allá de sí misma se ejerce a través de la muerte.

Esa disponibilidad nos pone en el horizonte de la búsqueda del sentido, y ahí lo religioso se vuelve una propuesta de plenitud humana. Lo religioso es, desde esta perspectiva, una problemática profundamente antropológica, ya que se ofrece como un horizonte de reserva de sentido. Lo religioso entonces no se expresa ante todo como un ámbito de enunciación ética, como límite de la prohibición, sino como camino. Lo ético es un camino de plenitud y no un límite que impide traspasar. Es posibilidad y no interrupción. De allí, que en la vivencia religiosa auténtica, todo lo verdaderamente humano, el cuerpo, lo vivencial, lo erótico, los deseos, los aparentes antagonismos, el espíritu, aparecen reconciliados y capaces de realizar una semántica del misterio.

Aquí quiero apelar a ciertas cuestiones del lenguaje que me parecen importantes. Tanto la poesía como el cine tienen la posibilidad, dada por la metáfora y el símbolo, de apelar al misterio de un modo abarcador pero no comprensivo, abrazando una cantidad de experiencias humanas difíciles de expresar mediante el lenguaje de los conceptos propios. La metáfora posee la cualidad, propia de lo estético, de reconciliar la sensación con el intelecto. El poscartesianismo produjo una división entre esos ámbitos que vació de calidez la razón y liberó anárquicamente al deseo volviéndolo estérilmente omnipotente. Es una paradójica debilidad! Esto situó al hombre en el límite de la tristeza permanentemente, consecuencia de una satisfacción que se vuelve tan necesaria como imposible. La reconciliación aludida hace posible evocar aquello que está en el umbral del sentido y el cruce de las decisiones fundamentales: cómo decir sí no a la muerte, al amor, al hombre mismo y a Dios. Los conceptos, llamados propios, que ofrecen certezas enunciativas, tienen –dado el grado de exactitud que buscan– dificultad por ponerle a aquel umbral de sentido un nombre. ¿Cómo nombrar la inmensa gama de grises en la que se debate la condición humana? Ese gris es la zona de la decisión. El ámbito de la perplejidad de la libertad donde todas las certezas parecen respuestas demasiado estereotipadas cuando de lo que se trata es “mi vida”. Solo y nada menos que lo mío en el sentido más profundo, de una decisión en la que se juega solo lo mío. ¿Cómo y desde dónde se pronuncia este sentido? Esta dificultad, que brota del exceso y saturación de la realidad aludida, permite comprender por qué la tradición mística ha expresado su sabiduría desde el lenguaje poético en la tradición occidental o desde el lenguaje sapiencial en el anacoretismo antiguo, o desde la propuesta visual e icónica en la tradición bizantina. Ese umbral de la existencia se da en un tan adentro del hombre que desde allí la vida se pone en una disponibilidad radical. La poesía, el cine, la mística, son capaces de provocar una “interioridad donante”, esto es, un sí mismo que no se encierra en la libertad lúdica, que juega con las disponibilidades de los otros, engolosinada en la propia satisfacción, sino en una libertad arraigada tan profundamente en sí misma que solo así es capaz de donarse. Este proceso humano hace transitar por fronteras y bordes que solo pueden ser pronunciados estéticamente, desde la imagen, la poesía, la música y, la síntesis más dramática de todas ellas, el silencio.

De allí que mirar y escuchar parecen ser las actitudes básicas para este peregrinaje, en la medida que sean, en algún momento, más una salida que una incorporación de sensaciones. De lo contrario, un esteticismo pasajero ganará el territorio de la búsqueda de la propia madurez. ¿Cómo ser verdaderamente libres? La preocupación por lo salvífico es eso: pregunta por la libertad. Lo auténticamente estético libera. Y, finalmente, es libre quien ha logrado arraigar su corazón en un sentido que es capaz de alcanzarle plenitud.